

Problemática

*Hugo Cobián Gallardo**

El imperio romano y sus millones de esclavos y fallecidos. Los tres siglos y medio de matanza en las cruzadas. Gengis Kan con millones de muertos. Matanzas, enfermedades, represiones, explotación, saqueos y otros millones más de muertos en las conquistas del continente americano. Los chinos y los británicos matando por opio. La primera guerra mundial con media Europa destruida. Stalin y sus muertos de hambre. Humanos rociados con zyklon B en los campos de concentración de la Alemania nazi. Bombas nucleares en Hiroshima y Nagasaki. Masacre de argelinos a manos de franceses. Vietnam y sus campos rociados con napalm. Camboya y el canibalismo. Ruanda y los machetes. Asesinamos, exterminamos, esclavizamos, explotamos, deportamos, encarcelamos, violamos, torturamos, perseguimos, desaparecemos. Es evidente que el ser humano no es el mejor amigo de sí mismo.

Recostado, con el pecho en dirección al firmamento, reflexionaba sobre la condición humana. Miraba al techo y sólo podía observar el angustioso ir y venir de las aspas negras que giraban una y otra vez en la misma dirección en la cual el planeta Tierra realiza su movimiento de rotación: de izquierda a derecha. El aire proveniente del ventilador impactaba mi rostro sutilmente, verdadera lástima que la corriente de

* Hugo busca en la literatura una mejora imaginaria de su patética vida, la ficción y la realidad se mezclan en su mundo de incoherencia. Lloro sin razón aparente y se la pasa pensando en sexo. Su dieta: whiskey y aspirinas.

aire no fuera suficiente para disipar el calor que se acumulaba en la habitación que, por cierto, apestaba a muerto y respiraba decadencia. ¿Ya saben a que huelen los muertos? Los muertos desprenden un olor parecido a cierta condición humana presente en la historia de su existencia. Un aroma a miseria. Y como la fragancia de la habitación, mi situación era realmente miserable.

Con pasmosa calma observé a la familia por días. Horarios de entrada y salida, idas al supermercado, el paseo de la perra y un largo etcétera de acciones y hechos considerablemente aburridos. Vivían en una casa pintada de color verde, el verde más parecido al pasto de un campo de fútbol. Cuatro ventanas; dos en el piso superior y dos en el inferior, entre las dos ventanas inferiores se encontraba una puerta negra de metal por la cual entraba y salía episódicamente una camioneta Jeep negra. El propósito principal era robar la mayor cantidad de objetos de valor que pudiera encontrar, observándolos sabía que utilizaban una buena cantidad de oro y probablemente tuvieran más dentro, esperaba encontrar una computadora, algunos juegos de video. Aparatos electrodomésticos, celulares y cualquier cosa que se vendiera fácil, era igualmente bienvenida.

El plan en un principio era sencillo, adentrarme en el lapso de las 9:00 a las 15:00 horas. Momento en el cual sólo la perra se encontraba en la casa; una linda y ya vieja beagle llamada Samanta. Abrir la cerradura sería sencillo, años de experiencia me respaldaban, los testigos tampoco me preocupaban porque la calle era poco transcurrida. Ya dentro, patearía fuertemente a Samanta hasta matarla, aparte de la sorpresa del robo quería dejar otro tipo de recuerdo a la familia: un perro muerto y oloroso. Tomaría las cosas y saldría con dos o tres mochilas llenas, gracias a un trabajo bien realizado. Pero como la vida enseña, con el paso de las caídas y tempestades, los procesos cambian, los planes iniciales se modifican. El mío transmutó por una razón simple: el deseo sexual.

Destellos de sus senos tomaban mi cabeza como prisionera, muslos duros y bien formados. Sus nalgas tenían el tamaño y la elevación adecuadas. Verla salir en falda rumbo a su clase de baile producía un cosquilleo incontenible en mi entrepierna. Doce años ejemplares de crecimiento y evolución.

Mi primera experiencia sexual fue a los catorce años, entre tres amigos y yo desvirgamos a nuestra mejor amiga. Es una realidad que ella no lo deseaba, pero el alcohol y un poco de músculo adolescente pueden lograr satisfactorios resultados. La sangre brotaba escandalosamente y se fundía con las ondas sonoras producidas por una garganta suplicante. Estaba acostumbrado a esa exposición de violencia, mi padre la practicaba todas las noches sobre mi hermana mayor y mi madre, la pequeña se salvaba. Los ocho años no representaban suficiente estímulo sexual para el hombre de cuyo semen provengo.

Mi intención nunca fue matarlos, yo sólo pretendía amarrarlos, tener mi momento pasional con la puberta belleza, tomar las cosas y largarme de ahí en la camioneta. Lamentablemente un poco de idiotez de mi parte y el instinto de supervivencia del humano impidieron que el plan se ejecutara al pie de la letra.

Entré de madrugada, usaba unos jeans negros, un suéter cuello de tortuga del mismo color y una media beige cubría mi cabeza, en la espalda traía una mochila con todo el material que necesitaba. Samanta dormía profundamente en el sillón de la sala. Con mucha calma me acerqué a ella y le pisoteé la cabeza. Estoy seguro que en sus primeros años Samanta era una buena perra guardiana, la vejez entorpece tanto a perros como humanos. Tremendo desperdicio.

Sigilosamente subí las escaleras y comencé a ver por las puertas de los cuartos, todos dormían profundamente. La habitación más grande pertenecía a los padres. La madre era delgada y chaparra, sólo traía puestos unos calzones blancos, lucían anticuados. Muy lejos de aquellos que las modelos usan en los catálogos de lencería. El padre era un tipo alto y gordo. La grasa se reunía en maravillosa fiesta sobre su estómago, piernas, brazos y papada. Menudo espectáculo observarlo babear sobre su almohada. Con precaución vertí un poco de cloroformo sobre una playera vieja, me aproximé al hombre con pasmosa calma, la tensión sudaba por mi sien, respiraba con calma, centímetro a centímetro me acercaba; justo en el momento en que mi mano se posaba sobre su boca, sus ojos se abrieron, me sorprendió y él también lo estaba. Su primera reacción fue dar un brinco para levantarse, apenas lo intentaba, mi puño se estrelló en su rostro. El golpe lo empujó hacia atrás. El estruendoso suceso despertó a la

mujer, que con antiguo reflejó oprimió el interruptor de luz que se encontraba en la pared a un costado suyo. Mientras el marido intentaba reponerse yo tomé una lámpara de mesa que se encontraba en el buró más cercano y golpee con bruta fuerza la cabeza de la mujer, ella cayó inconsciente en el momento. En seguida asesté certeramente un lamparazo en la cabeza del adiposo hombre, de nuevo otro y en seguida uno más. Podría haberlo hecho durante horas, no sentía nada, no pensaba en nada, el remordimiento no existía, era inmune a la compasión. La rabia y el descontrol me tomaban como rehén. Sólo un par de sollozos me despertaron del trance.

Ahí estaba ella, como la brisa que golpea el rostro al madrugador caminante en invierno. La belleza transformada en carne, una carne que respiraba y lloraba. Junto a ella y abrazándola en un torrente de lágrimas, un pequeño hombre en una hermosa pijama azul rey. El cosquilleo comenzó en las neuronas y terminó en la entrepierna, en un solo movimiento me abalancé sobre ella y la tiré al suelo mientras que empujaba al niño contra el espejo de cuerpo completo que se encontraba en el cuarto. El paraíso descendió al terreno mortal durante algunos minutos. Terminé y el rugir de la rabia llamaba desde mis entrañas, tomé su cabeza y la impacté contra el concreto hasta que su corazón dejó de latir. Con la cuerda que traía en la mochila asfixié a los demás y tomé un descanso.

Recostado, con el pecho en dirección al firmamento, miraba al techo, el calor ascendía y mi alma sobrevivía. Me levanté, tomé mis cosas y salí por la puerta principal de la casa...

Cortes comerciales, ¡bajé de peso en tan sólo un mes..!

—No deberíamos dejar ver esos programas al niño, ¿no crees que le afecten? —Le dijo la mujer al hombre con un susurro en el oído.

—Velo, si está muy entretenido. ¿Qué prefieres vieja, eso o que esté gritando y corriendo como loco por toda la casa?

—La verdad estoy muy cansada, el trabajo agota. Pero, en cuanto acabe el programa, se va a dormir.